

*Judith.* (Tragedia bíblica en tres actos.)

*Era El.* (Poema en un acto.)

*Abén Humeya.* (Tragedia morisca en cuatro actos.)

*El Halconero.* (Poema trágico en tres actos.)

*La Leona de Castilla.* (Tragedia castellana en tres actos.)

*La Maja de Goya.* (Episodio dramático en tres actos.)

*La Cenicienta.* (Poema en un acto.)

*En el Desierto.* (Poema dramático en un acto.)

#### TRADUCCIONES

*Salomé y otros poemas.* (De Eugenio de Castro.)

*La Cena de los Cardenales.* (Comedia en un acto, de Julio Dantas.)

*Don Ramón de Capichuela.* (Sainete en un acto, de Julio Dantas.)

*Una partida de ajedrez.* (Comedia en un acto, de Giuseppe Giacosa.)

*El triunfo del amor.* (Comedia en dos actos, de Giuseppe Giacosa.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

# EL PRIMER BESO

Comedia en un acto y en prosa

original de

## JULIO DANTAS

traducida al castellano

por

Francisco Villaespesa.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Madrid  
1903 MONTERREY, MÉXICO

EL PRIMER BESO

Comedia en un acto y en prosa  
de JULIO DANTAS

ES PROPIEDAD



IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ  
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO

PERSONAJES

LA MAYORAZGA DE LA ROSA.  
EL MAYORAZGO DE AMARAES.  
EL GUARDIÁN DE SAN FRANCISCO.  
DOS LACAYOS. DOS FRAILES.

La acción, en Portugal, entre el Duero y el Miño.  
Siglo XVIII.

## ACTO UNICO

Parte del claustro de un convento de San Francisco.

A la derecha, en primer término, resguardada por una verja de hierro forjado, cuya entrada permanece abierta, una capilla de azulejos. En el centro de la capilla, una piedra tumular, sostenida por dos cachorros de león, con las armas de los Malafayas y de los Albuquerques. Sobre el túmulo rosas frescas, y cerca de él, un reclinatorio forrado de damasco carmesí. Pendiente del techo de la capilla, una lámpara de cobre, encendida. Al fondo, el jardín del claustro, con su pozo. Día de sol.

## ESCENA PRIMERA

(Entran por el fondo el Mayorazgo de Amaraes y el Guardián del convento. Los siguen dos frailes. Se ven pasar las cuatro figuras detrás de las arcadas del claustro. El Mayorazgo, anciano de sesenta años, viste de seda negra, redingote, calzón y chupa, zapatos con grandes hebillas de plata, sombrero holandés, cadena de oro y bastón con puño de Limoges. Trae el rostro rasurado. Antiguo régimen.)

GUARDIÁN

Indicando el camino.

Por aquí, señor Mayorazgo.

MAYORAZGO

No se moleste más vuestra Paternidad. Profunda-

mente conmovido, le beso las manos por todo cuanto le debo. Mi corazón me enseñará el lugar donde reposa mi hijo.

## GUARDIÁN

Si mi presencia no le es molesta á su señoría, permitid que yo mismo os guíe á la sepultura donde él duerme. Perdonad á este pobre viejo que tanto amó á la casa de los señores Mayorazgos y á la de los Patronos de este convento, que ofrezca este acto de ternura á la memoria de los dos jóvenes. Dios no quiso que los uniese en vida; pero me fué dado, antes de ser ceniza y tierra, unirlos en la muerte.

Deteniéndose junto al túmulo, con dolorosa gravedad.

Señor Mayorazgo de Amaraes, esta es la sepultura de vuestro hijo!...

## MAYORAZGO

Quitándose el sombrero, profundamente conmovido, y queriendo besar la mano del guardián, después de un silencio de recogimiento y de oración.

Gracias!...

En un sollozo, amparándose en el hombro del Guardián.

¡Mi pobre hijo!... ¡Hijo mío!...

## GUARDIÁN

¡Y pensar que muy pronto, por San Silvestre, hará tres años!... ¡Va á hacer tres años, señor Mayorazgo!

## MAYORAZGO

¡En la flor de la vida!... ¡Tan joven, tan valeroso! Con un alma tan noble, Fray Esteban!... Yo no tenía otro hijo... El era mi alegría, mi juventud y mi gloria...

Con vehemencia.

¡Ay, Fray Esteban!... ¡Ay, Fray Esteban!... ¡Que Dios haga caer sobre los que lo asesinaron tantas maldiciones como lágrimas de sangre he llorado sobre su memoria!...

## GUARDIÁN

Dios cubre con su infinita misericordia á aquellos que saben perdonar!...

Mostrándole el túmulo.

Como podéis ver, es una sepultura humilde. No pudimos darle otra dentro de esta clausura de San Francisco. Apenas una lápida, con el nombre de él y el nombre de ella. Un Padrenuestro y un Avemaría. Dos leoncillos tumulares y las piedras de armas de las dos casas. ¡Quién había de decirme, señor Mayorazgo, que se habían de juntar aún, en la misma sepultura, el ala bermeja de los Albuquerques y el castillo de plata de los Malafayas!

Después de un silencio, durante el cual el Mayorazgo parece que reza, con las manos cruzadas.

No aguardó esta comunidad su presencia ni la de los señores Patronos, padres de la pobre niña, porque mis ochenta años, señor Mayorazgo, ya no me dejarían esperar mucho tiempo. Después de la desgracia que hirió á ambas casas, tanto vuestra señoría como nuestros patronos, los señores Mayorazgos de la Rosa, cerraron sus palacios y se alejaron de aquí. Los señores de la Rosa para la Corte y vuestra señoría fuera de estos reinos... Pensamos que no volverían más. ¡Con qué empeño trabajaron el padre Pro-

vincial y el Arzobispo hasta conseguir de vuestra señoría y de los señores Patronos autorización para unir en una sola las dos sepulturas. ¡Durante un año entero fué éste el único sueño de mi vejez!

Con ternura, enjugándose una lágrima con la manga del hábito.

¡Aquí les tengo ahora, juntos, en la misma mortaja, á aquellas amadas criaturas que yo bauticé y que Dios no había hecho para este mundo!... Quedaron, con las manos juntas, en una sonrisa, como si estuviesen durmiendo!...

## MAYORAZGO

En el seno de Dios, sus almas, bendecirán á vuestra Paternidad, por haberles dado, en la muerte, lo que el odio de sus padres les negó en la vida!...

Después de un silencio.

En cuanto á mí, tengo ya mi resolución formada, Fray Esteban. Mi alma me pide la consolación de vuestros santos hábitos...

## GUARDIÁN

Dios lo ilumine con su gracia, hermano!

MAYORAZGO

Me agrada acabar aquí mis últimos días. Tuve un hijo, y me lo asesinaron. Quedóme una mujer, y la mató el dolor y la saudade, en tierra extraña... ¿Qué me queda ya, sino la estameña de ese hábito y esta sepultura?... Adiós. Concededme, como una limosna, el que me quede solo con mi hijo. Quiero darle el último beso de su madre... Dios se lo pague, Fray Esteban. Siempre fuisteis un gran amigo de nuestra casa.

Conmovido, con la voz ahogada, en sollozos.

¿No sabéis lo que os agradezco más que todo? Estas flores!... ¡El, amaba tanto á las rosas!... Vuestra Paternidad no lo ha olvidado!...

GUARDIÁN

Las flores, señor Mayorazgo, no son del convento!

MAYORAZGO

Mas fué vuestra Paternidad quien las colocó sobre este túmulo.

GUARDIÁN

No he sido yo.

MAYORAZGO

Quizá alguno de estos buenos frailes. Dele las gracias en mi nombre, Fray Esteban!... Serán en breve mis hermanos.

GUARDIÁN

No ha sido tampoco ningún fraile de este convento!...

MAYORAZGO

¿Quién entonces, si mi hijo no tenía nadie más en este mundo?...

GUARDIÁN

Olvidáis, señor, que no es sólo vuestro hijo quien reposa en esa sepultura!...

MAYORAZGO

Comprendiendo, sobresaltado.

Ahl...

GUARDIÁN

La pobre niña tiene también quien la lllore!...

MAYORAZGO

Bruscamente.

Volvieron?... Esa gente volvió?... ¡Decídmelo, padre Esteban!... ¡Decídmelo, por misericordia!... Mandaré preparar mi litera y huiré para siempre de estos lugares!...

GUARDIÁN

Con sencillez.

Mas no volvieron los dos... Al señor Mayorazgo de la Rosa, le llamó Dios á su presencia!... Regresó sola la señora Patrona, entristecida con las mortificaciones de su saudade y de su viudez.

MAYORAZGO

Después de un silencio.

Viuda?... Y viene aquí, á rezar sobre este túmulo?

GUARDIÁN

Con el mismo derecho que vuestra señoría!

MAYORAZGO

Todos los días?

GUARDIÁN

Todos los días!

MAYORAZGO

Casi con ternura.

Fué ella, entonces, quien trajo estas flores?

Cambiando de nuevo de expresión.

Mas las trajo para su hija!...

GUARDIÁN

Quién os lo ha dicho?...

MAYORAZGO

Ella sólo puede recordar á mi hijo con odio!...

GUARDIÁN

Señalando el túmulo.

Por ventura, sólo con odio os acordáis de aquella pobre niña?...

MAYORAZGO

Mas yo soy padre!

GUARDIÁN

Y ella es madre, señor Mayorazgo!... Hasta me atrevo á afirmar, que cuando yo salga de aquí, vuestras oraciones y vuestras saudades serán tanto para vuestro hijo, como para la niña inocente que él amó como se ama sólo una vez en este mundo!...

MAYORAZGO

Quién os lo ha dicho, Fray Esteban?...

GUARDIÁN

Mi corazón, que tan bien conoce al corazón humano. Muchas veces, el odio, señor Mayorazgo, no es

sino el orgullo. Quien trajo esas flores, trajo también la mitad de ellas para vuestro hijo.

Oyese una campana, llamando para el coro.

Están tocando á vísperas. Es la hora del coro. Perdoneme vuestra señoría.

El Guardián, seguido de dos frailes, sale por el fondo.

ESCENA SEGUNDA

EL MAYORAZGO, solo

Viuda!... Ella también está viuda!...

Arrodillándose junto á la sepultura, profundamente conmovido.

¡Oh, memorias de mi juventud, deshojáos sobre este túmulo!

La campana continúa tocando á visperas. El Mayorazgo reza silenciosamente, apoyado en el reclinitorio de damasco carmesí. Al fondo del claustro se para una litera dorada con las armas de los Malafayas en las puertas. Desciende de ella una señora de cerca de cincuenta años, extremadamente distinguida, con los cabellos empolvados de blanco, toda envuelta en un amplio luto de terciopelo rojo, Luis XVI, y con un gran ramo de rosas frescas en la mano.

ESCENA TERCERA

El Mayorazgo de Amaras y  
la Mayorazga de la Rosa.

MAYORAZGA

Al criado, que le ayuda á  
descender.

Traiga la almohada!

Viendo que alguien reza jun-  
to al túmulo.

Ah!...

MAYORAZGO

Levantándose al oír la voz y  
encontrándose frente á frente  
con la Mayorazga.

Ah!

MAYORAZGA

Reconociéndole, vacilando y dejando caer las rosas á los pies del Mayorazgo.

Perdón...

MAYORAZGO

Levantando el ramo, casi con miedo, y acercándose para entregárselo.

Perdón!

La Mayorazga recibe las flores, saluda secamente é intenta alejarse.

No sois vos quien debe alejarse... Soy yo!

MAYORAZGA

Como queráis.

MAYORAZGO

Saludando y encaminándose hacia el fondo.

Mi señora!

MAYORAZGA

Perdonadme, si perturbé con mi presencia, vues-

tras oraciones. No hubiese venido aquí, si hubiese podido sospechar que iba á encontrarme con alguien.

MAYORAZGO

Encontró, apenas, una sombra de su pasado, mi señora! Las sombras se desvanecen y desaparecen.

Volviéndose hacia la capilla.

Permitidme que le dé mi último adiós á la sepultura de mi hijo.

Envía, desde lejos, un beso al túmulo, en un gesto lento y grave.

Desde hoy en adelante podréis entrar, señora, sin recelos en este claustro. Ningún mal encuentro os molestará.

MAYORAZGA

Al Mayorazgo, que va á salir por el fondo, y se olvida el bastón sobre el reclinatorio.

Es vuestro este bastón?...

MAYORAZGO

Tomando el bastón y encaminándose de nuevo hacia el fondo del claustro.

Beso vuestras manos, señora!

MAYORAZGA

Después de un instante de íntima lucha.

Quédese.

MAYORAZGO

Es una orden?

MAYORAZGA

Es una súplica.

MAYORAZGO

Por lo visto, señora, no me habéis reconocido.

MAYORAZGA

Por qué decís eso?...

MAYORAZGO

Porque las súplicas sólo se hacen entre personas que se estiman.

MAYORAZGA

Ambos nos conocemos muy bien!...

MAYORAZGO

Mirándola frente á frente.

Muy bien!...

Somos los representantes de dos familias que se odian.

MAYORAZGA

Dulcemente.

Somos, sólo, los padres de dos criaturas que se amaron. Yo no sé odiar, señor Mayorazgo. Nunca supe, en toda mi vida, sino sufrir. Perdonadme, si os molesté, suplicándoos que os quedarais. Ambos tenemos el derecho de llorar juntos sobre ese túmulo. Si Dios quiso que se uniesen las dos sepulturas, ¿por qué no han de unirse nuestras oraciones?...

MAYORAZGO

Mis saudades nada tienen común con vuestros remordimientos!

MAYORAZGA

Mi conciencia está tranquila. Hice, por la vida de mi hija, hasta el último instante, todo cuanto puede hacer la ternura de una madre. Dios bien lo sabe!...

MAYORAZGO

Y por la vida de mi hijo, ¿qué hicisteis, señora?...

MAYORAZGA

Si pudiese, la hubiera defendido con mis lágrimas!

MAYORAZGO

Para mandarlo después asesinar por la espalda?...  
No valía la pena!

MAYORAZGA

Levantándose, con una actitud de dignidad y de dolor.

Señor Mayorazgo de Amaraes!

MAYORAZGO

Con una excitación creciente.

Asesino no es sólo aquel que mata: lo es también aquel que deja matar.

Dominándola, con un gran gesto.

Señora Mayorazga Patrona!... Vuestras manos están teñidas de sangre! No las levante á Dios en esta capilla!...

MAYORAZGA

Dejándose caer de nuevo sobre el reclinatorio, sollozando.

Podéis continuar insultándome! Estoy sola en el mundo!

MAYORAZGO

Volviendo en sí.

Me olvidé... Perdonadme!...

Después de un corto silencio.

Era á vuestro marido á quien debí pedir estrechas cuentas. El debió pagarme, gota á gota, la sangre de mi hijo. Mas ya está, respondiendo de su crimen, delante de Dios!

MAYORAZGA

No, señor Mayorazgo. Si mis sentimientos de madre y de cristiana, le merecen algún respeto, yo se le juro, se le juro sobre esta sepultura, por el alma de esta pobre niña, por las lágrimas que tengo derramadas, por mi vida entera de sufrimiento... Ni yo ni mi marido somos culpables de la muerte de su querido hijo!... Si pudiésemos, con el sacrificio de nuestras vidas, restituirselo, lo hubiéramos hecho. Bien sabéis cómo ocurrió la desgracia. Mi sobrino había sido desafiado por su hijo. Era una noche muy obscura. Vió relucir una espada delante de sus ojos. Defendióse. Y para no morir, tuvo que matar. Si hubiese sido él la víctima, nadie en el Palacio de la Rosa — ¡puedo afirmárselo, señor Mayorazgo! —, habría levantado la voz para acusar de asesino á su señoría.

MAYORAZGO

No era de creer que el muerto fuese su sobrino!... Los cobardes van siempre acompañados!...

MAYORAZGA

En una protesta vehemente.

Mintiéronle, señor Mayorazgo!

MAYORAZGO

Entonces, cómo se explica que se encontrasen dos espadas en el lugar en que cayó mi hijo?

MAYORAZGA

Eran dos los que se batían. Naturalmente tenían que ser dos las espadas.

MAYORAZGO

En ninguna de ellas había señales de sangre. Mi hijo estaba herido mortalmente. Fué, por lo tanto, una tercera la que le hirió... Esto es evidente!

MAYORAZGA

Y quién no le dice — todo pasó junto al arco de su palacio — que una de esas espadas no fuese de alguno de sus criados?...

MAYORAZGO

El arma que usan mis criados es la carabina. Con ella dan caza á los lobos. ¡Lástima que esta vez no la engatillasen á tiempo!..

MAYORAZGA

Con angustia.

¡Cómo ha de saberse!... Cómo ha de probarse!... Su hijo era noble y digno!... ¡Si él hubiese podido hablar!... Si á lo menos, antes de morir, hubiese dicho una sola palabra...

Llorando.

Vería cómo fuimos inocentes!...

MAYORAZGO

La dijo!...

MAYORAZGA

Una palabra de denuncia?

MAYORAZGO

No! Una palabra de amor. ¡Ay, señora!... Todo su

dolor de madre, centuplicado, no iguala al que yo sufrí en esa noche!... ¡Qué horrible noche!... Me emblanquecieron los cabellos!... Envejecí veinte años!...

Después de un silencio.

Mi hijo había estado junto á nosotros, muy alegre, hablándonos de los potros que estaba domando. Su madre — ¡Dios la tenga en su santa gloria! —, tocaba en el clave de la sala la cavatina de Jomelli. Habíamos encendido más luces. El señor capitán mayor venía á jugar á los naipes. Me acuerdo como si fuese hoy. De repente, notamos la ausencia de Ruy. ¿Dónde está?... ¿Dónde está?... El corazón nos presagiaba una desgracia... Recorrimos toda la casa... Su madre lo encontró en el oratorio, rezando de rodillas. Le pregunté qué tenía. — Nada, padre! — Sonríome con sus grandes ojos azules, muy tranquilo — ¡él nunca mentía! —, y me pidió mi bendición, diciéndome que iba á las caballerizas, á ver si estaban bien abrigados los potros. Se marchó, y yo me quedé jugando á los naipes!...

Silencio corto, durante el cual se le transforma la fisonomía.

No pasó ni media hora... Los gritos atronaron el espacio, y los criados subieron en tropel las escaleras, gritando: — ¡Han matado al hijo del Mayorazgo! ¡Le han matado! — Y yo le vi entrar, señora Mayorazga, le vi entrar en la sala, sostenido por un yeguerizo, desfallecido, pálido como la cera, con la camisa abierta y empapada de sangre... ¡Era mi hijo, mi único hijo, el orgullo y el báculo de mi vejez!... Le llamé, le hablé, le apreté en mis brazos, besándole la herida, suplicando, aullando, llorando... Abrió aún los ojos, sonrió y me dijo: — «Me muero sin haberla besado!... Dale un beso de mi parte, padre!...» Pronunció un nombre — el nombre de su hija —, y, en una bocanada de sangre, se me murió en los brazos.

Dolorosamente.

No pude cumplir su última voluntad!...

MAYORAZGA

Que le ha escuchado con profunda conmoción, resbala, de rodillas, desde el reclinatorio á las losas de la capilla, en una súplica.

¡Oh, Dios mío!... ¡Acoge amorosamente en tu san-

to seno las almas de estas criaturas, y si mi mortificación es necesaria para su gloria, mortifícame más aún!... Te lo pido, por tu misericordia infinita!

MAYORAZGO

No eran de este mundo. Por eso los llamó Dios á su santa gloria!

MAYORAZGA

El, que tanto la amaba, murió sin haberla besado; mas la tuvo que esperar poco tiempo!... Doblaban las campanas del convento para el entierro de vuestro hijo, y ella las oía sonriendo, en un éxtasis, como quien dice: — ¡Hasta muy pronto, amor mío! — Me parece que aún la estoy viendo, en su lecho de muerte, abrazada á un Crucifijo, repitiendo bajito, muy bajito: — ¡Ruy, mi Ruy!... — Y el padre, en la sala de al lado, gritando: — «¡A un convento! ¡Llevala á un convento!... ¡Maldita!... ¡Maldita!...» Era la ruina de todos sus sueños. Mi sobrino condenado por la muerte de un hombre; deshecho el casamiento; la hija sin poder partir hacia Inglaterra... — Ya estaba

muerta, muy blanca, en su lecho estrecho, sobre un travesaño de flores, y aún la voz del padre gritaba, en la sala de al lado: — ¡Maldita!... ¡Maldita!

MAYORAZGO

Su odio nos dejó sin hijos.

MAYORAZGA

Si hubiese consistido en nosotros, serían tan felices ahora!...

MAYORAZGO

Casados, en un nido muy tranquilo, lleno de sol...

MAYORAZGA

Ya seríamos abuelos!...

MAYORAZGO

Con una sonrisa de beatitud.

Un nieto!... Saltando sobre mis rodillas... ¡Un nieto!...

MAYORAZGA

Que se pareciese á él!...

MAYORAZGO

No, á ella!... Ella era tan hermosa!...

MAYORAZGA

Y él!... Tan joven, tan gentil, tan alegre!... ¡Cuántas veces lo vi pasar, á caballo, muy firme en los estribos de plata, galopando al sol, entre una nube de polvo!... Y pensaba para mí:—¡Quién tuviese un hijo así!...

MAYORAZGO

Ella era el encanto de todos!... Un domingo, la vi descender de su litera, en la portería del convento, á la hora de la misa. Era un día de invierno, muy triste... Y, sin embargo, apenas ella salió de su nido dorado, á jugar, sonriendo, como una nube color de rosa, me pareció que todo era una primavera de encantos y maravillas... Así fué como mi hijo la vió por primera vez!...

MAYORAZGA

En unas ferias de Coimbra!...

MAYORAZGO

¡A los quince años!...

MAYORAZGA

Sonriendo.

¡Pobres criaturas!...

MAYORAZGO

Que la contempla durante un  
momento, como en éxtasis.

Era vuestro mismo retrato!

MAYORAZGA

¿Aún os acordáis de mí?...

MAYORAZGO

¡Que si me acuerdo!... Una de aquellas figulinas  
que danzan en los cuadros de Watteau, al son de las  
flautas de marfil... La misma frescura, la misma  
gracia...

MAYORAZGA

Y él?... El también era vuestro retrato!... Muy ru-

bio, muy esbelto, con los ojos muy azules... ¡Y á ca-  
ballo!... El parecido era exacto!... Igual que cuando  
yo os esperaba—¿os acordáis?—en el mirador verde  
del Palacio de la Rosa...

MAYORAZGO

¡Hace treinta años!...

MAYORAZGA

Enmendando.

Treinta y dos!...

MAYORAZGO

¡Cómo no habían de amarse ellos!...

MAYORAZGA

Queriendo teparle la boca.

¡Oh! Cállese!...

MAYORAZGO

Tomándole la mano .

Si nosotros nos habíamos amado tanto!...

MAYORAZGA

¡Por el amor de Dios!... No prosiga...

MAYORAZGO

Fué nuestro amor el que cantó y floreció en el alma de nuestros hijos!... ¡No! No fueron ellos, María!... Fuimos nosotros que aún nos amamos á través de sus almas... La juventud era la de ellos, mas la ternura era la nuestra. En aquel jardín, ellos eran las flores, mas nosotros el perfume eterno... ¡Y pensar que se amaron siempre, desde lejos!...

MAYORAZGA

En un murmullo.

Como nosotros!...

MAYORAZGO

Que no conocieron, siquiera, la comunión dulcísima de un beso...

MAYORAZGA

Como nosotros!...

MAYORAZGO

¡Pensar que nuestras almas tuvieron, para besarse, la frescura de sus bocas, y que les dejamos que se marchitaran en ese túmulo!...

MAYORAZGA

Nos separó á nosotros el mismo odio que los mató á ellos...

MAYORAZGO

¡Quién nos diría que aún habíamos de estar tan juntos delante del Señor!... Cuando mi hijo se murió en mis brazos, dejóme el primer beso para su novia... Nunca pude dárselo!... Nunca pude cumplir su última voluntad!...

Aproximándose á la Mayorazga, con una expresión de inmensa ternura.

Antes que este túmulo se abra también para nosotros; antes que todo cuanto resta de nuestro amor de niños desaparezca para siempre en el hielo de la muerte, déjame soñar un poco!... Reposa tu cabeza

sobre mi hombro... Nadie nos perturbará en la paz de esta capilla...

La Mayorazga, como en un sueño inclina la cabeza en el hombro de él.

María!... Mi pobre y dulce amiga... Me has comprendido?... No es verdad?... Tú me comprendes...

MAYORAZGA

Como soñando.

Antonio!...

El Mayorazgo la besa largamente en la frente. Ella, como despertando, en un movimiento brusco.

Dios mío!...

MAYORAZGO

Nuestros hijos se dieron ahora su primer beso!

### ESCENA ÚLTIMA

Dichos y el Guardián que entra por el fondo. La Mayorazga, aún confusa, corre á besarle la mano.

GUARDIAN

Señora patrona!... Señor Mayorazgo!... Ha resuelto esta santa comunidad escribir al padre Provincial, participándole vuestros deseos de tomar el hábito en este convento... ¿Puedo escribirle la carta?...

MAYORAZGO

Después de un momento, á la Mayorazga.

Suplico á la señora Mayorazga que responda por mí á Fray Esteban...

## MAYORAZGA

Graciosamente, á Fray Esteban, ya en el estribo dorado de la litera, hasta donde el Mayoralazgo la ha conducido de la mano.

Por ahora, no escriba vuestra Paternidad al padre Provincial!...

## CAE EL TELÓN



